

1997

De mayorías y minorías: nacionalidades culturales en los Estados Unidos

Beatrice Mariscal Hay

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Hay, Beatrice Mariscal (Primavera 1997) "De mayorías y minorías: nacionalidades culturales en los Estados Unidos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 45, Article 24.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss45/24>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

DE MAYORIAS Y MINORIAS: NACIONALIDADES CULTURALES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Beatriz Mariscal Hay
El Colegio de México

La definición y defensa de las fronteras nacionales hasta hace muy poco parecía algo más o menos bajo control, una preocupación no demasiado apremiante en un mundo en el que el flujo de individuos de un país a otro estaba suficientemente reglamentado y reforzado y en el que las alianzas entre naciones podían garantizar — aunque no siempre lo hicieran — la integridad territorial inclusive de los países menos poderosos.

Las nuevas realidades económicas y políticas, no obstante el discurso de globalización que pretende una participación en el pastel de los beneficios por parte de todos los que están en el juego del mercado mundial, han incrementado notablemente las migraciones, tanto temporales como permanentes, de quienes no ven otra salida a su desesperada situación. Entre el lugar de origen y el lugar de destino puede no haber contigüidad geográfica y en general tampoco hay coincidencia — ni siquiera afinidad — ideológica, racial, cultural o lingüística.

A los Estados Unidos han llegado millares de personas provenientes de los países latinoamericanos al sur de su frontera, hasta constituir la más importante “minoría” del país. Se calcula que esta población superará los 40 millones para mediados de esta década, además de que no se espera que disminuya el flujo de migrantes en el futuro inmediato, en razón del apoyo — inintencional — que prestan a la inmigración las presiones económicas y militares que aplica el gobierno norteamericano dentro de su propio “patio trasero”.

Con el objeto de abarcar esta multitud de individuos en una categoría estadísticamente — o más bien políticamente — manejable, las autoridades gubernamentales utilizan el término *Hispanics*.

Con este término se pretende designar como una totalidad homogénea a una mezcla heterogénea de razas, nacionalidades y clases sociales que incluyen lo mismo ciudadanos norteamericanos (sobre todo chicanos, méxico-americanos y *Nuyoricans*), que inmigrantes latinoamericanos, ya sea blancos de diversos orígenes europeos, indígenas pertenecientes a una multitud de etnias, mestizos, negros, árabes y asiáticos.

Muchos de estos inmigrantes han llegado a los Estados Unidos como exilados políticos o económicos de regímenes lo mismo de izquierda que de derecha; otros, aunque pertenecientes a clases medias acomodadas, simplemente se han caído de la cuerda gracias a los programas de austeridad impuestos por organismos financieros internacionales, mientras que, otros muchos más, inmigrantes a menudo ilegales, han huido del hambre y la miseria que padecen en sus lugares de origen.

A pesar de que el flujo directo e indirecto de prácticas culturales entre naciones podría potenciar una nueva era de comprensión intercultural, en los Estados Unidos, al igual que en la mayoría de los países cuya prosperidad económica relativa los ha convertido en principales receptores de migrantes, han surgido violentos sentimientos de rechazo hacia esos migrantes marcados por una identidad racial y cultural diversa de la dominante nacional.

Aquellos que se consideran los dueños tradicionales del territorio — independientemente de su propia calidad de inmigrantes — buscan expulsar a ese “otro” que, en su opinión, está donde no debiera estar.

La modalidad de desarrollo económico prevaleciente ha alentado la tendencia etnocentrista de aquellos cuyas perspectivas de participar de los beneficios del capitalismo avanzado son bastante precarias. Estos individuos, cuyos privilegios son limitados, consideran que el diferenciarse de “el otro” es un medio legítimo y necesario de sobrevivencia, a la vez que ven su especificidad socio-cultural como la única esperanza de pertenecer a ese grupo restringido de los privilegiados del sistema.

Como respuesta a esta auto-identificación defensiva por parte de los “anglo-americanos” — en realidad una mezcla de individuos procedentes de diversos países europeos, muchos de ellos definitivamente no “anglos” —, las voces diversas de inmigrantes hispanoamericanos surgen como un reto al discurso dominante, evidenciando la existencia de lenguajes en conflicto.

Tres generaciones de mujeres de una familia cubana, separadas geográfica e ideológicamente por la revolución, nos hacen vivir en la novela *Dreaming in Cuban* de la cubano-americana Cristina García¹, esa lucha que tienen que librar los emigrados y en particular aquellos que no pertenecen a la generación del “melting pot” llegada a principios de siglo, o a la llamada “new ethnic”, heredera de la lucha por los derechos civiles que polarizó a las minorías raciales, por adquirir una voz propia y una identidad acorde con la realidad actual del sujeto exilado.

Dentro de la gama de percepciones personales sobre la revolución cubana, detonadora de una importante emigración a los Estados Unidos lo mismo de individuos, que de familias y fragmentos de familias, la novela presenta tanto los extremos de una gozosa aceptación por parte de “la abuela Celia”, apasionada admiradora de “El Líder”, quien permanece en la isla a pesar de que su propio esposo se va, y el encarnecido rechazo por parte de su hija Lourdes, violada por soldados revolucionarios, que emigra sin voltear atrás, como la empatía de la joven Pilar, criada en los Estados Unidos, influenciada por la generación que cuestionó activamente la política exterior norteamericana y que considera que a pesar de haber vivido la mayor parte de su vida en Brooklyn: “it does not feel like home”... “I’m not sure Cuba is, but I intend to find out”, y para ello realiza un viaje a la isla en busca de su abuela, depositaria de los recuerdos, de la historia: “If I could only see abuela Celia again, I’d know where I belonged”.

El encuentro con su identidad exige el cruce constante de fronteras: las que dividen el mundo de los vivos del de los muertos: “Forty days after she buried him with his Panama hat, his cigars and a bouquet of violets in a cemetery on the borders of Brooklyn and Queens, Jorge del Pino greets his daughter: Lourdes, I’m back”; las que separan la ciencia de la fe:

The **santeras** passed colorful handkerchiefs over Felicia’s body, all the while grieving in low voices to purify her corpse. By the time they finished, the terrible lumps on Felicia’s head had disappeared, and her skin was smooth as the pink lining of a conch. Her eyes, too, had regained their original green.

Las barreras culturales que dividen a los numerosos grupos étnicos que residen en Nueva York son traspasadas cotidianamente en forma natural y consciente:

Lourdes buys a round box of sticky dates [from the Arab shop] and considers the centuries of fratricide converging on this street corner in Brooklyn. She ponders the transmigrations from the southern latitudes, the millions moving north. What happens to their languages? The warm burial grounds they leave behind? What of their passions lying stiff and untranslated in their breasts?;

las diferentes lenguas se confunden y enriquecen mutuamente: el español y el yoruba —

Four hours later, the **babalano**, drenched in sweat and countless immolations, lowered his head near her. **Eroko aché**, he whispered. It is done, with the blessing of the gods;

el español y el inglés: “See how she carries herself? **Perfecto! Así, así!**”.

Finalmente, también las religiones borran sus límites:

Against the back wall, an ebony statue of Santa Barbara, the Black Queen, presides. Apples and bananas sit in offering at her feet. Fragrant oblations crowd the shrines of the other saints and gods: toasted corn, pennies, and an aromatic cigar for Saint Lazarus, protector of paralytics; coconut and bitter kila for Obatalá, King of the White Cloth; roasted yams, palm wine, and a small sack of salt for Oggún, patron of metals.

Los límites del tiempo asignado a esta presentación no me permiten extenderme demasiado y hablar de otras novelas recientes escritas por inmigrantes hispanoamericanas, lo que haría más patente ese constante cruce de fronteras en su obra, esa particular cronotopía de la literatura hispanoamericana de la que ha hablado Carlos Fuentes.²

Los cientos de miles de hispanoamericanos que han emigrado a los Estados Unidos, a pesar de sus diferencias, se han visto en la necesidad de crear raíces comunes, que no necesariamente eliminan las diferencias, sino que se nutren de prácticas culturales heterogéneas.

Ante la pretensión excluyente de la homogeneidad, los hispanoamericanos proponen una cosmovisión plural que sobrevive gracias al retorno físico o metafórico a sus países de origen a fin de mantener su unión con el pasado, y a su constante rompimiento de los límites que pretende imponerles la cultura dominante “Anglo” que teme la indeterminación de las fronteras ya sean físicas, políticas o metafóricas.

En cuanto a las fronteras físicas, todos sabemos que los esfuerzos por asegurar la principal frontera por donde cruzan los inmigrantes no deseados son cada vez mayores: lo diferente debe ser excluido a como dé lugar, mientras que es importante controlar que se mantengan dentro de la norma los que ya están adentro.

Los Estados Unidos no parecen querer permitir la convivencia de concepciones y formas de vida diferentes dentro de sus fronteras, de ahí que se busque denegar aquellas leyes que pudieran propiciar diferencias; con suerte se irán los que no pueden asimilarse.

La fuerza que está cobrando el movimiento “English Only” no debe extrañarnos, recordemos cómo fue debilitada la “Bilingual Education Act” de 1968 que consideraba la lengua como una necesidad humana, como un derecho civil, por medio del “Bilingual Education Law” de 1978, que exigía bilingüismo a los maestros que enseñaban en otras lenguas: “I want language taught not ethnic culture”, señalaba el presidente Carter.

Esa postura se ha mantenido dentro del discurso oficial al igual que en el de diversos grupos de presión; la declaración del director del Consejo para la Educación de Florida es un ejemplo como tantos otros:

There are misguided persons, specifically Hispanic immigrants, who have chosen to come here to enjoy our freedoms, who would legislate another language, Spanish, as co-equal and co-legal with English... If Hispanics get their way, perhaps some day Spanish could replace English entirely. We ought to remind them, and better still educate them to the fact that the United States is not a mongrel nation.³

A pesar de estos prejuicios y resistencias, la realidad se impone y las fronteras además de dividir potencian el enriquecimiento mutuo de los habitantes de ambos lados por lo que debemos pensar en ellas no sólo como límites político-territoriales, sino como áreas de contacto, como espacios en los que tienen lugar el encuentro y la comunicación.

Evidencia de la convivencia cultural que caracteriza a tantos puntos de la frontera con México es la deliciosa novela de Cormac McCarthy, *All the Pretty Horses* (por cierto nacido en Rhode Island). A pesar de estar dirigida a lectores de habla inglesa, el español es utilizado de manera frecuente y natural por el héroe “Anglo”, lo mismo a nivel cotidiano:

— Más café? she said. // Sí por favor. // She brought the coffee. // Hace mucho frío, she said // Bastante.

que en contextos más complejos:

¿Es su hermano el rubio? // He meant Blevins. John Grady shook his head. No, he said. // ¿Quién es? said the man. // He looked across the clearing. The cook had given Blevins some lard and he sat rubbing it into his sunburned legs. // Un muchacho, no más, he said. // ¿Algún parentesco? / / No. // ¿Un amigo? // Nada, he said. // No one spoke. The man in the vest studied John Grady and he looked across the clearing at Blevins. // ¿Qué vale? said the man. // John Grady stubbed out the cigarette against the sole of his boot and rose. // Gracias por su hospitalidad, he said.

Un uso que exige un conocimiento del español por parte del lector más allá del “Kitchen Spanish” que suele ser la concesión a nuestra lengua en novelas consideradas “americanas” — sin adjetivos.

De igual manera, el relato del cruce norte-sur de John Grady, el jovencito tejano que cruza la frontera en busca de trabajo como rancharo está espléndidamente coloreado por una pasión y energía que sólo puede darse cuando formas diferentes de vivir y de morir entran en contacto.

En tanto delimitantes, las fronteras constituyen, efectivamente, márgenes concretos y tangibles de una nación, pero también existen las interiores: “ — Temo que la verdadera frontera la trae cada uno adentro”, nos dice el “gringo viejo” de Fuentes, que se va a México a morir dignamente.⁵

Son éstas, las fronteras personales, las que deben ser derruidas para conformar una identidad acorde con nuestro ser histórico.

Octubre de 1995

NOTAS

- 1 Cristina García, *Dreaming in Cuban*. New York: Ballantine Books, 1993.
- 2 Carlos Fuentes, *Valiente mundo nuevo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990. Véase sobre todo el capítulo "Tiempo y espacio de la novela", págs. 30-49.
- 3 Citado en: Juan Flores y George Yudice, "Living Borders / Buscando América", *Social Text* (1990) no. 24 (corresponde al vol. 8, no. 2) p. 61.
- 4 Cormack McCarthy, *All the Pretty Horses*. New York: Vintage, 1992.
- 5 Carlos Fuentes, *Gringo viejo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985, pág. 20. Las fronteras, lo mismo las físicas que las interiores están presentes de manera especial en esta obra de Fuentes.